

Banda aparte. Formas de ver

(Ediciones de la Mirada)

Título:

Vértigo y pasión. Un ensayo sobre la película Vértigo de Alfred Hitchcock

Autor/es:

Erice, Víctor

Citar como:

Erice, V. (1998). Vértigo y pasión. Un ensayo sobre la película Vértigo de Alfred Hitchcock. Banda aparte. (12):94-94.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/42298>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



Banda aparte. Formas de ver

(Ediciones de la Mirada)

Título:

Vértigo y pasión. Un ensayo sobre la película Vértigo de Alfred Hitchcock

Autor/es:

Erice, Víctor

Citar como:

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/42298>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



VÉRTIGO Y PASIÓN.

UN ENSAYO SOBRE LA PELÍCULA *VÉRTIGO* DE ALFRED HITCHCOCK / Eugenio Trías / Madrid, Taurus, 1998.

Victor Erice



Empezaré por decir lo que se me aparece como más evidente. Este libro, *Vértigo y pasión*, contiene el mejor texto que se ha escrito sobre la célebre película de Alfred Hitchcock; el más completo y revelador, el que de una manera más precisa da cuenta de sus imágenes y sus sonidos. No se trata de una convicción personal nueva. En realidad, data de hace tiempo, de 1982 exactamente, fecha en la que apareció *Lo bello y lo siniestro*, una reflexión sobre algunas categorías estéticas fundamentales, obra en la que Eugenio Trías dedicó a *Vértigo* uno de sus capítulos, el que llevaba por título "El abismo que sube y se desborda."

Vértigo y pasión es una consecuencia de aquél, su continuación en cierto modo. Que proceda de una persona que no es un especialista de la crítica o el ensayo cinematográfico es significativo, pero aún lo es más el hecho de que su autor dedique lo mejor de sus fuerzas al campo de la filosofía. Se trata de un caso no muy frecuente entre nosotros, y que quiero especialmente destacar en la medida que nos recuerda y confirma algo que en estos tiempos quizás acostumbramos a olvidar, y es el valor del cine como lenguaje no sólo capaz de mostrar el mundo, sino también de pensarlo. Y en este aspecto pocos cineastas resultan más adecuados que Hitchcock, ya que la mayoría de sus películas tienen por objeto principal las ideas, en el sentido más platónico del término. O lo que es igual: la aventura que narran no es otra que la del conocimiento.

Tanto el texto contenido en *Lo bello y lo siniestro* como este de ahora se hallan presididos por un mismo impulso, el de la

pasión, subrayado quizás un poco superfluo porque de qué otra manera cabe entender las más de cien veces que su autor reconoce haber visto *Vértigo*. Y ya es sabida la forma que Eugenio Trías tiene de pensar la pasión. No como elemento negativo respecto a la acción, sino todo lo contrario: como fundadora de la acción, como principio incluso de todo empeño comunitario.

En cualquier caso se trata de una pasión que necesita ser renovada, y en ello interviene a veces el azar. Que se lo pregunten, sin ir más lejos, a Scottie Ferguson, el protagonista de *Vértigo*: si un día no llega a encontrar en una calle de San Francisco, por pura casualidad, a Judy Barton, no habría podido revivir su historia, encontrar así una segunda oportunidad, desenredar la madeja de su pesadilla.

Si hace poco más de dos años, según cuenta el autor en su prólogo, no hubiera recibido una llamada del Instituto de Humanidades, solicitándole una conferencia sobre *Vértigo* con ocasión de la celebración del centenario del cine, probablemente este libro no existiría hoy. Lo que más llama la atención es que Trías acogió la propuesta mostrando —son sus palabras— una franca resistencia argumentando un enfriamiento de su afición por el cine, una cierta tibieza en su devoción hacia Hitchcock, y, como consecuencia, el tiempo (dos o tres años) que llevaba sin ver la película. Reticencias que, de algún modo, por lo menos a mí, me recuerdan las que Scottie expresa a Gabin Elster, su antiguo compañero de universidad, cuando éste le pide que siga los pasos de Madeleine. Pese a su rechazo inicial, levemente intrigado, Scottie acepta aparecer en un restaurante donde Elster y su mujer cenar antes de asistir a una representación en el teatro de la Opera. Scottie queda de inmediato prendado por el encanto misterioso de Madeleine, y ello es determinante para que finalmente acepte el compromiso de seguirla. De igual manera, Eugenio Trías, ante la propuesta recibida, y pese a sus reticencias iniciales, volvió a ver la película, y este hecho resultó decisivo. "Fue, una vez más, un amor al primer golpe de vista", escribe Judy-Madeleine pudo así regresar de nuevo "de entre los muertos."

La alusión que he hecho antes al encuentro de Scottie con Judy Barton no es casual. Porque justamente la diferencia más importante entre este texto que ahora comento y el que le precedió, radica precisamente en que el autor, en este caso, comienza a describir la película, iniciando así su reflexión, a partir de ese momento en el cual Judy aparece. Más concreta-

mente a partir de la escena —clave— en la cual, desplazado Scottie por vez primera del centro de la acción, ella se queda a solas con el espectador, descubriéndole —a él y sólo a él— lo que de verdad sucedió en la torre de la Misión de San Juan Bautista, es decir, haciéndole presenciar la escena original.

En esta segunda oportunidad, Eugenio Trías no ha dudado un instante, ha ido directamente al corazón mismo de la película. Desprendido de una cierta servidumbre —la de hacer de *Vértigo*, al menos en una primera instancia, ejemplo de una cierta categoría estética—, el nuevo texto hace que Judy Barton aparezca ante nuestros ojos de lectores, desde el comienzo, como el verdadero sujeto de la narración. De ahí que entrañe un acercamiento mayor y un compromiso más profundo con el punto de vista del director. En efecto, Hitchcock se sirve de Judy Barton para poner en evidencia al espectador, introduciéndolo en el desarrollo de la acción. De este modo, no sólo le convierte en cómplice, sino que le revela en su condición miserable, la de *voyeur* sentado en la oscuridad de la sala de proyección que contempla —aparentemente impasible— un asesinato. Se trata, por un lado, de un criminal en potencia; por otro, de un falso culpable.

En sus mejores obras, aquellas que abordan una cuestión que ocupó un lugar central en la expresión de la Modernidad, Hitchcock no ha hecho otra cosa que desnudar la mirada del espectador por medio de la representación de un crimen. En la pantalla del cine, la muerte del otro no existe más que a través de la mirada que el espectador proyecta. Esta relación, desviando el orden natural de las cosas, haciendo posible en la ficción lo que, por naturaleza, no puede suceder en la realidad, provoca una suerte de pecado original al cual Hitchcock vuelve una y otra vez, obsesivamente, tratando de comprender. El vértigo que conmueve la existencia de sus personajes brota a través de esa fisura. Es, qué duda cabe, el origen de su desgracia, de su enfermedad, de su malestar; y al mismo tiempo, la fuente de su lucidez, de su posible sabiduría, también de su soledad esencial. El tributo, de carácter trágico, que deben pagar por su victoria.

Texto leído en la presentación pública del libro de Eugenio Trías, celebrada en Madrid.